

Otoño del año 32 d. C.

I

Caradoc se abrió paso entre la densa espesura de los brezos y por fin salió al descampado. Libre de las sombras tétricas del bosque y con una sensación de alivio, envainó su espada, se ciñó la capa con más firmeza y se acuclilló por un momento en la pendiente suave de la orilla del río. Allí, mientras observaba el indolente fluir de las aguas, recobró el aliento y el rumbo. Por un momento se había creído perdido y había sacudido la espada en los corredores desconocidos, consciente del pánico que lo embargaba. En un día como aquel, festividad de Samain, hasta los mejores guerreros de su padre, hombres que no temían a nada ni a nadie, sentían miedo, y no se avergonzaban de ello. El cielo había estado gris todo el día y se había levantado un viento recio y violento. Pronto llovería, pero Caradoc se retrasó, reticente a dejar la hierba húmeda; no obstante, se sentía inquieto por la inminente caída de la noche y porque los árboles a su espalda susurraban oscuros secretos que no podía entender. Se estremeció, pero no de frío, y, malhumorado, se arrebujó todavía más bajo la capa para pensar en todos los Samain que había visto ir y venir.

Sus recuerdos más remotos estaban cargados del mismo temor que lo había sobrecogido en el bosque: de su padre, Cunobelin, sentado como una sombra gigante contemplando el fuego; de Togodumno, su hermano, y Gladys, su hermana, callados y ajenos, abrazados a los pies de su padre; de su madre en la cama estrechándole con los brazos rígidos. El pavoroso viento otoñal ululaba alrededor de las pieles que tapaban las puertas, y las caricias de la noche hacían crujir el techo de paja que los cubría. Entonces permanecían sentados durante las largas y oscuras horas; los niños dormitaban y se despertaban para ver el fuego que se consumía, mientras Cunobelin, inclinado sobre él, echaba más leña; solo se atrevían a hablar cuando el amanecer pálido y vacilante avanzaba lenta y tímidamente dentro de la habitación. Más tarde, después de las gachas, el pan y un trozo de panal, se reunían en el Gran Salón y contaban con inquietud a los jefes y los hombres libres a medida que entraban en el recinto, temerosos de preguntar si alguien había muerto, temerosos de preguntar quiénes se habían salvado. Luego, ya entrada la fría mañana, comenzaba la matanza del ganado y, durante días, el olor a san-

gre pendía sobre la aldea. Samain. Cómo lo odiaba. Otra noche de terror, otro día de matanza, otro año casi terminado.

Un súbito estallido de color llamó su atención y se volvió. Su hermano había surgido de entre los árboles donde el sendero se curvaba y descendía hacia la orilla del río. Togodumno no estaba solo. Aricia caminaba junto a él, su cabello negro ondeaba detrás de ella y los pliegues largos de su túnica se ceñían a su cuerpo ágil mientras su capa azul golpeaba contra la capa carmesí de Tog. Parecían estar discutiendo; se detuvieron y se miraron; sus voces se elevaron con vehemencia, pero estaban demasiado lejos para que Caradoc pudiera captar las palabras. De repente, rompieron a reír y las manos de Aricia, sus dedos blancos y largos, aletearon en la luz que se desvanecía.

Las pálidas mariposas de primavera. Por un momento, Caradoc quedó deslumbrado por su vuelo, pero pronto se incorporó y el movimiento lo delató.

Togodumno lo vio, le hizo una señal con la mano y empezó a correr sendero abajo. Aricia alzó ligeramente la capa y trató en vano de envolverse con ella, mientras Caradoc se dirigía lentamente al encuentro de ambos.

—¡Te perdimos de vista! —gritó Togodumno al acercarse jadeando—. ¿Lo has matado?

—No. Se metió dentro de un matorral, y cuando los perros encontraron un lugar por donde entrar, había desaparecido. ¿Dónde está mi caballo?

—Aricia lo ató al de ella y después nos pusimos a buscarte. Estaba enfadada porque pronto cerrarán las puertas y parece que la noche será tormentosa. Quería abandonarte a tu suerte. —Sonrió—. No deseaba pasar la víspera del Samain en los bosques.

—Tú eras el que miraba con miedo por encima del hombro, Tog, y yo la que guiaba el caballo de Caradoc —protestó Aricia con contundencia—. No le temo a nada —aseveró, y sonrió a Caradoc con una expresión cómplice.

Era entrada la tarde y la luz disminuía con rapidez. En el norte, las nubes se hinchaban de manera amenazadora, apiladas unas sobre otras por la fuerza del viento; los tres cazadores se apresuraron hacia los caballos y montaron deprisa. Togodumno tomó la delantera, a paso largo y siguiendo el curso del agua. Aricia se le unió con un galope y Caradoc cerraba la marcha.

Cuando hubieran dejado atrás las primeras puertas, aún tendrían que cabalgar nueve kilómetros entre grupos de chozas dispersas y granjas y bordeando praderas. En una hora estarían bebiendo vino tibio ante sus fogatas, con los pies cerca de las acogedoras llamas.

De pronto, Caradoc pasó con estruendo junto a Aricia e indicó a Togodumno que detuviera el caballo.

—¡Los perros! —exclamó mientras agitaba los brazos con furia—. ¡Nos hemos olvidado de los perros!

—¡Estúpido! —lo insultó Togodumno—. ¿Adónde fueron después de que perdieran al jabalí?

—Olfatearon otra pista y se metieron dentro de la maleza. Les silbé y vinieron; entonces emprendí el camino de regreso al sendero. ¿Por qué me insultas? ¡Vosotros sois los idiotas por no haberlos seguido cuando iban alterados tras la presa!

—Los dos sois estúpidos e idiotas —intervino Aricia. Su voz denotaba una pizca de pánico—. Cunobelin os prohibió que salierais con los perros, ya que deben marchar a Roma pasado mañana. ¿Pero qué significó eso para vosotros? Solo otra advertencia de la que haríais caso omiso. —Juntó las riendas y acicateó a su caballo con las rodillas—. Bueno, podéis volver a los bosques y buscarlos, si os atrevéis. Yo tengo frío y estoy cansada. Me voy.

Pasó trotando junto a ellos y luego se alejó velozmente. En un momento, la oscuridad la devoró y los hombres se quedaron solos. Se miraron, conscientes de la oscuridad creciente y de las cosas inabarcables que los aguardaban entre los árboles.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Togodumno—. Qué arpía... Fue idea de ella que saliéramos a cazar hoy, y lo sabe muy bien. Una noche de estas la cogeré y la ataré a un árbol para que el Cuervo de las Pesadillas la haga suya.

—Shhh —siseó Caradoc—. Te oirá y vendrá. Debemos volver a casa. Mañana se lo diremos a nuestro padre y aceptaremos el castigo.

Togodumno meneó la cabeza, pero Caradoc ya se dirigía hacia las puertas, y no tuvo más remedio que seguirlo. El viento había arremojado y arañaba sus cabellos y sus talones. Los caballos resoplaban y comenzaron a galopar con ímpetu.

Cuando alcanzaron las primeras puertas, se tiraron de los caballos y corrieron por el puente sobre el foso, con las riendas en las manos sudadas. Mientras se acercaban tambaleándose a toda prisa hacia las puertas, el guardia salió corriendo sosteniendo una antorcha en alto.

—No os iba a esperar ni un momento más, señores —gruñó mientras cerraba las grandes puertas de madera detrás de los caballos—. ¡Vaya estupidez, hacerme quedar sentado junto a puertas indefensas justo esta noche!

El hombre tenía su espada en la otra mano. «¿Pero de qué servía una espada contra los demonios de Samain?», se preguntó Caradoc.

—¿Aricia ya ha entrado? —inquirió. El hombre asintió—. ¿Y los perros? ¿Han entrado los perros?

—Sí, por cierto, una jauría. Hace una hora, alterados y cansados. Togodumno le dio una palmada a su hermano en la espalda.

—¡Ahí tienes! ¡Los perros tienen más juicio que nosotros! Gracias, hombre libre. Regresa a tu casa. —El hombre envainó su espada y se alejó.

—Ahora, a la cama —suspiró Caradoc mientras montaban—. Ni siquiera tenemos un conejo para disimular un día desperdiciado. Nuestro padre sin duda notará la oreja rota de Bruto.

—Por supuesto, y nos quitará una ternera a cada uno por el precio del perro. ¡Qué mala suerte!

—¿Qué otra cosa puede traer la víspera de Samain sino mala suerte? Y justo cuando mi precio de honor estaba aumentando...

—Es bueno que tu precio de honor no dependa solo de tu ganado. ¿Qué garantía te ofreció Sholto por el préstamo de tus dos toros?

—Él y su clan me juraron lealtad. Es hombre para tener a tu lado. Le dije que si me juraba fidelidad a mí en vez de a ti le regalaría uno de los toros y le compraría a su esposa una copa de plata romana.

—¡Caradoc! ¡La lealtad de un hombre libre no vale un toro entero! Además, yo le ofrecí un toro y una ternera.

—Entonces, ¿por qué decidí prestarme juramento a mí?

—Porque lo único que hacen tus hombres libres es contar tus preciosas vacas. ¡Oh, maldición, está empezando a llover! Tal vez nieve.

—Aún es demasiado pronto —contestó Caradoc con brusquedad, y prosiguieron la marcha en silencio, con los hombros hundidos dentro de las capas, el agua goteando de sus codos y talones y las caras frías.

El camino se iba haciendo cada vez más oscuro a medida que seguían el sendero áspero y tortuoso a través de los pequeños campos de labor. Los campesinos debían de estar apiñados en sus chozas, y los jefes y hombres libres en sus casas de madera, de modo que no vieron a nadie. De vez en cuando, oían el mugido inquieto del ganado que había sido traído de los pastizales de verano y arriado dentro de las empalizadas de madera; pero hasta los animales salvajes se habían guarecido y los dos jóvenes se sentían los únicos seres vivientes sobre la tierra. Caradoc y Togodumno avanzaban con dificultad, los cascos de los caballos pisaban casi silenciosamente el sendero mojado y cubierto de hojas. Al lado de estas podían ver el rastro de Aricia en la hierba húmeda, las pisadas de los caballos ya cubiertas por el agua negra. Pero pronto la noche se volvió del todo oscura y no pudieron

ver nada excepto la delgada franja de camino que serpenteaba lenta y soporíferamente debajo de ellos. Togodumno empezó a cantar en voz baja para sí, pero Caradoc lo mandó callar de nuevo, avergonzado del temor que brotaba de su interior. A los diecisiete años ya había matado a un hombre y robado ganado; había cazado ciervos, jabalíes y lobos salvajes. Podía afrontar y comprender esas cosas, pero los espíritus nebulosos y a la deriva del Samain, los demonios que esperaban esa noche para arrastrar a sus víctimas a los bosques, a esos no podía derrotarlos con un golpe de su espada. En ese momento los sentía, acechando al amparo de las ramas sombrías y desnudas que se juntaban sobre su cabeza, mirándolo con odio, deseando hacer el mal. Apretó fuertemente las riendas mojadas y habló al caballo en voz baja. Togodumno comenzó a tararear, pero en esa ocasión Caradoc lo dejó en paz. Una curva más y estarían en casa.

Por fin desmontaron dentro de las segundas puertas. Tenían los muslos mojados e irritados y las manos azules por el frío. El criado de las cuadras salió corriendo a recibirlos. Tomó las riendas de entre sus manos rígidas y se alejó con los caballos cansados sin decir ni una sola palabra.

Togodumno se quitó la capa y observó el agua deslizarse entre sus dedos mientras la escurría.

—¿Dormirás esta noche? —le preguntó a su hermano.

Caradoc meneó la cabeza.

—No lo creo. Vino caliente y ropa seca, sí, y quizá después una o dos canciones de Caelte para mantener a los espíritus vengativos lejos de mi puerta. —Su voz resonaba entre las chozas oscuras—. Mañana respiraremos de nuevo, pero mientras tanto podrías ir a las perreras a ver a los perros. Fue idea tuya llevarlos.

—¡No, no lo fue! Aricia y yo discutimos. ¡Ella dijo que yo era demasiado cobarde para desobedecer a Cunobelin, que no tenía agallas! Además, tú los perdiste, no yo.

—Ah, Tog, ¿por qué la escuchas? Sabes que te meterá en problemas. Los ojos de Togodumno resplandecieron.

—Nunca tan graves como en los que te meterá a ti, hermano, si Cunobelin llega a enterarse de lo que tú y ella os traéis entre manos.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó Caradoc con brusquedad a la vez que sonreía.

—Nada. Solo rumores. Bueno, que pases una buena noche, Caradoc, y suerte en la cacería.

—¡Tog! ¡Regresa! —gritó Caradoc, pero Togodumno ya avanzaba entre los hogares silenciosos hacia su pequeña choza en la escarpada colina.

Resignado, Caradoc se movió hacia el oeste, dentro de las sombras más oscuras del alto muro de tierra. Sus pisadas sonaban fatalmente ruidosas en sus oídos. Pronto llegó a la cuadra de su padre, donde una ráfaga de aire tibio y dulzón lo envolvió por un instante. Acto seguido, se volvió, dejó atrás la herrería y el taller del guarnicionero y llegó a las perreras.

Contó las jaulas con cuidado y al final se detuvo, se puso en cuclillas y llamó con suavidad. Los perros corrieron a la cerca y empujaron sus narices frías silenciosamente hacia su mano. Los estudió con presteza, una vez, dos veces. Faltaba uno. Caradoc se quejó para sí mientras empezaba a contar de nuevo, sin saber con certeza la identidad del ausente. Bruto, con la mitad de la oreja colgando sobre la nariz, lo observaba con aire reprobador. Finalmente, Caradoc maldijo en voz alta. Era César. El perro más apreciado de esa camada, el que había sido entrenado especialmente para Tiberio. «Seguro que era ese», renegó Caradoc, recordando por qué Cunobelin, con su humor taimado, había puesto ese nombre al animal. No era por Tiberio que el perro se llamaba así, sino por Julio César, que había venido a Albión dos veces y partido otras dos, sin regresar jamás. Cunobelin había comentado a sus hijos que, después de todo, Julio no había sido un cazador demasiado bueno.

Caradoc permaneció de pie, vacilante. El cabello se le pegaba a la frente y a la capa, empapada de agua, que colgaba de sus hombros. No dudaba que César había guiado a los perros de regreso a la casa. Se puso en su lugar, y al instante comprendió dónde estaría el perro..., en algún sitio tibio. Se volvió para emprender la búsqueda y comenzó por la herrería, luego el taller del guarnicionero, las heidiondas curtidurías y las cuadras. Abandonó el cuarto círculo de chozas con decisión y subió lentamente a donde vivían los plebeyos libres, un área de suciedad y confusión. Golpeó las paredes e hizo a un lado las puertas de pieles, asustando a los miembros de la tribu que, en un principio, vieron en esa figura oscura y empapada un espíritu astutamente disfrazado. Pasaron los minutos y por fin tuvo que admitir la derrota.

Se volvió con brusquedad hacia la pendiente que lo conduciría a su propia casa, pero cuando hubo pasado los edificios, el viento le azotó violentamente y le hizo trastabillar. De repente, los cielos se abrieron y soltaron una pared negra de lluvia helada y fuerte. Caradoc empezó a correr, y como en respuesta a sus torpes movimientos, el pánico contenido se liberó y lo impulsó. «¿Qué estoy haciendo aquí fuera en esta noche en que el tiempo se detiene y la tierra se balancea al borde de una nada terrible? —pensó con horror—. Un espíritu aciago se ha

apoderado de César para que yo lo busque, y cuando lo encuentre, me tomará en sus garras poderosas y me arrastrará de regreso al bosque».

Avanzó con dificultad contra el viento, cegado, ligeramente consciente de estar pasando ante el Gran Salón, alejándose de manera instintiva e insensata del templo de Camulos hasta que por fin sus dedos ateridos sintieron las pieles pesadas de su puerta. Las empujó y entró tambaleando. Se quedó en pie con los ojos cerrados mientras el agua corría por su cuerpo y formaba charcos bajo sus pies. El súbito cese de los ruidos lo atontó por un momento. La tormenta se había reducido a un silbido continuo que se producía al chocar el agua con la paja que cubría el techo. El viento, un merodeador impaciente, golpeaba contra las paredes en vano.

Pronto se relajó y abrió los ojos. Una solitaria lámpara de aceite ardía en una mesita opuesta a la puerta. Unos tapices suaves cubrían las paredes y, en un extremo, las cortinas estaban descorridas y era posible ver una cama baja con una capa azul y roja que colgaba de ella. Pero esta no era su choza. Junto a la cama había otra mesa, y, sobre ella, un espejo, una corona de oro, un montón de brazaletes de bronce y una faja esmaltada brillante que serpenteaba hacia el suelo. Con un gemido de bienvenida, César dejó su lugar frente al fuego humeante y atravesó pesadamente la habitación hacia él.

Sobresaltada, Aricia giró sobre sus talones.

—¡Caradoc! ¡Me has asustado! ¿Qué quieres?

Caradoc vaciló, desgarrado entre una confusión embarazosa y el enorme alivio de haber hallado al perro. No había un demonio allí, solo un perro y una niña. Aricia estaba de pie, descalza sobre las pieles que cubrían el suelo de tierra, y su túnica de dormir blanca caía a su alrededor como nieve amontonada. Sostenía un peine grande en una mano y su negro cabello, lacio y tupido, que le llegaba hasta las rodillas, se extendía sobre sus brazos pálidos y resplandecía a la luz del fuego mientras se acercaba a él. Caradoc masculló una disculpa y se volvió para marcharse; una cólera irracional se intensificaba en su interior, pero ella habló de nuevo y lo detuvo.

—¡Qué mojado estás! ¿Has estado buscando a los perros todo este tiempo? Quítate la capa, o te vas a resfriar.

—Esta noche, no, Aricia —contestó él con firmeza—. Estoy empapado, cansado y enfadado contigo por haber retenido a César aquí. Además, también estoy enfadado con Tog por no haberme ayudado en la búsqueda. Iré a calentarme en mi propio fuego.

Ella rio.

—¡Qué feo estás con el entrecejo fruncido y el pelo colgándote por la espalda como cuerdas! Yo encontré a César y lo retuve aquí.

Vino corriendo a mí hace menos de media hora. Estaba a punto de pedir a alguien que lo llevara a las perrerías cuando apareciste. En cuanto a Tog, sabes que tienes que cogerlo por el cogote y sacudirle si quieres que haga algo. ¿Por qué estás tan enfadado? —Se acercó a él con rapidez, le quitó la capa de los hombros de un tirón, la extendió con cuidado, caminó hasta el fuego y la tendió—. Vino tibio de la tierra del sol —dijo con tono amable, y cogió una jarra que descansaba sobre las brasas—. Bebe una taza antes de encarar la noche de nuevo, Caradoc. Y háblame. Es Samain y estoy sola.

Caradoc sintió los ojos marrones de César. «Vete ahora —se dijo—. Vete ahora antes de que tu honor quede una vez más esparcido a tu alrededor como fragmentos de cerámica hecha añicos». Pero Aricia había servido el vino y se lo sostenía bajo la nariz; Caradoc aspiró los vahos aromáticos.

Aceptó la copa y entibió sus manos alrededor de ella; sintió hormiguear sus dedos con vida nueva. Luego se adentró en la habitación y se volvió de cara al hogar para que el calor del fuego llegara hasta sus piernas rígidas.

—Pensaba que no temías al Samain —precisó.

Ella le lanzó una rápida mirada y fue a sentarse en el borde de la cama.

—He dicho que estaba sola, no que tuviera miedo. Pero tú tienes miedo —se burló.

—Tengo un buen motivo —replicó Caradoc, y tragó un gran sorbo de vino. Notó cómo el líquido se abría camino ardiendo hacia el estómago y luego esparcía su calor a través del pecho—. Soy un noble. Los demonios se deleitan en atacar a la realeza esta noche.

—Yo también soy de sangre azul —replicó ella con aspereza, y se levantó—. ¿Lo has olvidado? ¿Acaso he estado tanto tiempo en Camulodunon que parezco una más de la prole de Cunobelin? Yo no he olvidado —concluyó con suavidad, y se miró las manos entrelazadas en el blanco regazo.

Caradoc vació su copa y se agachó para servirse otra.

—Lo siento, Aricia. A veces lo olvido. Has estado aquí mucho tiempo y hemos crecido todos juntos. . . , tú, yo, Tog, Eurgain, Gladys, Adminio. . . ¿Cuántos años han pasado desde que mi padre empezó a llamarnos la Banda Guerrera Real?

Ella cerró los ojos como si algún recuerdo la lastimara, y él la observó con disimulo por encima del borde de la copa. «Qué hermosa es», pensó con resignación creciente. Contempló la tez pálida que nunca se bronceaba con el sol de verano, el mentón delicado, las pestañas largas y negras sobre los pómulos altos. Se preguntó cuándo

había dejado de pensar en ella como en una compañera de cacería y comenzado a ver a una extraña. Aricia abrió los ojos y Caradoc advirtió los tentadores misterios ocultos en ellos, confusiones intrigantes que su juventud le impedía reconocer como inseguridades.

Durante un momento se estudiaron mutuamente, él demasiado cansado para apartar la vista, hipnotizado por aquellos ojos negros, ella sin verlo, de regreso al pasado.

De pronto, rio.

—Caradoc, estás echando humo.

—¿Qué?

—¡Tus calzones se están secando y el vapor sube en oleadas! Pareces un dios del río emergiendo en una mañana de invierno. Quítate la ropa o vete y deja de mojar mi pequeña morada.

—Supongo que será mejor que lleve a César a la perrera —respondió de mala gana. Tenía la impresión de que el vino le hinchaba la lengua y convertía sus miembros en plomo.

Mientras meneaba la cabeza, Aricia se puso de pie con rapidez.

—¡No abuses de tu suerte! Esta noche hemos tenido más de la que nos merecemos. Déjalo aquí conmigo o llévatelo a tu casa. —Se deslizó hacia él; la túnica crujió y arrastró consigo el aroma de perfume romano—. Lamento de veras el problema que hemos tenido hoy por mi culpa. Tog insistió en cazar solo porque lo desafié. Si Cunobelin se enfada mucho, os ayudaré a ambos a pagar el precio de Bruto. No creo que los comerciantes lo quieran.

—No, supongo que no. —Sentía que las piernas le temblaban de fatiga y veía a Aricia en una nebulosa, a través de una neblina de vahos de vino. Al notar que vacilaba, ella comenzó a sonreír. «Oh, ahora no, esta noche no», pensó Caradoc con intranquilidad. Pero era demasiado tarde. Su mano ya se extendía, levantaba un rizo de cabello y deslizaba los dedos por él para sentir su textura densa y suave. Lo acercó a su rostro para aspirar su perfume y su tibieza; ella no se movió hasta que él hubo terminado.

—Quédate conmigo, Caradoc —dijo lentamente, mientras lo miraba de manera inquisitiva—. Quieres quedarte, ¿verdad? Esta noche soy un demonio de Samain. ¿Sientes cómo te estoy hechizando?

Hablaba medio en broma, pero Caradoc experimentaba el embrujo que lo cautivaba como una canción dulce y familiar. Sabía que debía apresurarse a la puerta con un hechizo protector en los labios, pero, como siempre, se quedó mirándola con estupor ardiente. El y Tog habían bromeado a menudo acerca de esa bruja siniestra que tan peligrosamente les gustaba, y se burlaban sin piedad de la palidez de su piel norteña, de la misma manera en que fastidiaban a Eurgain

por sus largos silencios, o a Adminio por su preciosa colección de colmillos de jabalí, pero lo hacían sin malicia ni premeditación; eran las palabras irreflexivas de amigos de muchos años. Si ella le irritaba últimamente, Caradoc lo atribuía a la llegada del invierno, el tiempo en que los hombres esperaban los meses venideros con cinturones ajustados y vientres vacíos, el tiempo del año en que él se limitaba a existir. Y si en ocasiones deseaba abofetearla por sus aires de superioridad y su voluntad apasionada en una discusión, bueno, después de todo no era más que una niña, solo una niña de catorce años que luchaba por convertirse en una mujer.

Aricia se cubrió el rostro con su propio cabello, cerró los ojos y él sintió una oleada de lujuria.

—No tienes opción, malcriado Caradoc —susurró—. Mi cama es mucho más cómoda que el suelo mojado del bosque.

Fuera, la lluvia tamborileaba sobre la tierra. El viento se había reducido a un quejido bajo y persistente, y dentro de la habitación, el fuego, del que casi se habían olvidado, se consumía y siseaba de vez en cuando con gotas de lluvia dispersas. Aricia se estiró hasta alcanzar el cuello de Caradoc, le quitó la torques de oro y la depositó suavemente en el suelo. Luego empezó a desabrochar el pesado cinto, y, mientras lo hacía, la espada cayó sobre las pieles.

Caradoc permaneció inmóvil. Una lucha se desarrollaba en su interior y lo debilitaba; sus ojos seguían cada movimiento de ella. Pero cuando los finos dedos tocaron su rostro, se rindió. La tomó de los brazos y la atrajo con brusquedad hacia sí.

«Después de todo —se dijo—, es Samain. ¡Cuervo del Pánico, no me encontrarás aquí!», invocó en silencio.

Unos minutos después, Aricia se apartó.

—Me estás mojando —dijo sin alterarse—. Quítate la túnica y los calzones. No, lo haré por ti. Te quedas ahí como si te hubiera paralizado con un hechizo.

—Siempre lo haces. Aricia...

Lo hizo callar poniéndole un dedo en los labios.

—No, Caradoc. No hables, por favor. —Su voz temblaba. Se inclinó y le quitó la túnica corta pasándosela por la cabeza. Mientras lo hacía, Caradoc vio un destello de burla en sus ojos. «Qué extraño —pensó—. Nunca había visto que sus ojos estuvieran moteados de oro». La tomó de nuevo y la besó con rudeza, torpemente, disfrutando de las manos tibias que se posaban en su espalda desnuda y perdiéndose en la suavidad de la boca. El magnífico cabello negro caía y se enredaba sobre sus brazos, y cuando la sintió ceñirse contra él, la levantó y la arrojó sobre la cama. Cerró las cortinas detrás de ellos y cegó la luz de la

lámpara. La observó en la oscuridad mientras ella yacía esperando, con los brazos extendidos, el cabello desparramado sobre la almohada y una sonrisa que lo irritaba y lo invitaba a sufrir.

—Tog lo sabe —murmuró.

La sonrisa de Aricia se ensanchó.

—No me importa. ¿A ti sí?

—No —respondió con suavidad.

—Entonces deja de hablar.

En su ansiedad embotada por el vino, Caradoc tiró de la túnica de dormir y oyó cómo se rasgaba. Enseguida los pechos de Aricia estuvieron entre sus dedos toscos y su boca ávida. Aricia contuvo el aliento con brusquedad y siseó. La lluvia continuaba cayendo de forma monótona, como si perteneciera a un sueño.

Caradoc no se pudo contener, y todo acabó muy pronto, pero esa noche ella no se quejó. Siempre era así, una ola incontrolable, la búsqueda desesperada y compulsiva de ella y, después, la culminación brusca y dolorosa. Se volvió boca arriba con la cabeza apoyada en un brazo, y estudió el techo oscuro, preguntándose cómo y por qué, mientras las pequeñas agujas de la vergüenza comenzaban a pincharle. «Lo hice otra vez», pensó con desaliento. Una cosa era acostarse con una esclava en los campos, o incluso con la hija complaciente de un plebeyo libre, pero esta era su amiga Aricia; Aricia, que había compartido todas las travesuras que él y Tog habían planeado; Aricia, la hija de un rey cuyo linaje era mucho más antiguo que el de él. Deseó que la tierra se lo tragara. Quiso que los demonios de Samain vinieran y se lo llevaran a sus cuevas. Tuvo ganas de morir.

Ella se volvió de costado, se apoyó en un codo y, sin molestarse en cubrirse, se echó el cabello hacia atrás con impaciencia. Increíblemente, Caradoc sintió renacer el deseo.

—¿Caradoc?

—¿Sí?

—Cásate conmigo.

Por un instante, creyó no haber oído bien, pero luego tomó conciencia y se sentó. Aricia le rodeó las rodillas con los brazos.

—Sí, me has oído bien. Quiero que te cases conmigo. Te lo ruego, te lo imploro, Caradoc. ¡Cásate conmigo!

—¿Qué me estás pidiendo? —inquirió con severidad, y con la mente temporalmente liberada de la obsesión hipnótica que sentía por ella.

Aricia le apoyó una mano caliente en el brazo.

—¿No somos viejos amigos? —susurró—. ¿No sería fácil, muy fácil, dar el siguiente paso y jurarnos fidelidad? —La mano intensificó

la presión en el brazo—. No pido nada extraordinario. Después de todo, puedes tomar otras esposas.

Caradoc rio, había recuperado la lucidez.

—Supongo que te refieres a Eurgain. Oh, no, Aricia. Hemos gozado juntos, pero no creo que debamos hablar de matrimonio. Ahora tengo que irme. —Se dio prisa para poner los pies sobre el suelo frío, pero ella lo sujetó con una fuerza que él ignoraba que poseía.

—¿Por qué no? ¿No crees que tengo un derecho sobre ti, Caradoc?

—¿Qué derecho? ¿Te refieres a esto? —Se agachó para besarla, pero ella se escurrió y descorrió las cortinas. La luz mortecina de la lámpara reveló a Caradoc un rostro ensombrecido por la emoción, labios apenas controlados y ojos rebosantes de lágrimas.

—Basta de juegos, Caradoc. ¿Dónde están las palabras de amor que me murmuras en la oscuridad?

—El amor no tiene nada que ver contigo y conmigo, Aricia, y lo sabes. —Dejó la cama y se vistió con rapidez. Se puso los calzones todavía húmedos y se pasó la túnica mojada por la cabeza—. No te he prometido nada.

Ella se estiró y se colgó de la cortina como si sus músculos se hubieran debilitado al tiempo que su esperanza.

—Estoy desesperada, Caradoc. ¿Sabes cuántos años tengo?

Caradoc se ciñó el cinturón de la espada.

—Por supuesto que lo sé. Tienes catorce.

—La edad de desposarse.

Los dedos ocupados de Caradoc se detuvieron y la miró, intuendo la verdad.

—Mi padre pronto enviará una embajada para llevarme a casa.

—Las lágrimas desbordaron sus ojos y le salpicaron las manos; las sacudió con enojo—. ¡A casa! A duras penas recuerdo los páramos áridos y las chozas indigentes del lugar donde nací. Oh, Caradoc, no quiero irme. No quiero dejarte a ti, ni a Tog ni a Eurgain, ni a Cunobelin, que es como un padre para mí. ¡No quiero ir a un sitio que temo, entre hombres salvajes y toscos! —Titubeó y, sollozando, puso los pies en el suelo—. Yo también odio el Samain y las lluvias de invierno, la soledad que vendrá. ¿Ha de pasar esta noche sin que ningún demonio me reclame y ningún hombre me despose?

Caradoc se acercó a ella y se arrodilló a su lado. La tomó con torpeza entre sus brazos y por primera vez sintió pena.

—Aricia, no he pensado en ello, no lo sabía. ¿Has hablado con Cunobelin?

Aricia sacudió la cabeza con violencia; su rostro estaba escondido en el cuello de él.

—No puede retenerme. Mi padre me querrá en Brigantia, puesto que no tiene hijos para que le sucedan, y los jefes seguramente me elegirán. —Alzó la vista. Tenía los párpados hinchados y la piel más blanca de lo que él jamás había visto—. Si me aprecias un poco, no lo permitas. Te aportaré la dote más grande que los catuvelaunos hayan conocido jamás. ¡Toda Brigantia para que la compartas conmigo! Tú y yo, gobernando allí juntos.

—¿Y mi tribu? ¿Y mi clan y los hombres libres que dependen de mí? Tengo tantas ganas de ir a Brigantia como tú. ¿No puedes negarte a ir, Aricia? —Con una expresión decidida, la soltó y se puso en pie—. Perdóname, pero no puedo interferir en un asunto de un clan extranjero. Yo...

—¿Tú qué? ¿Te contentas con usarme y ahora me compadeces? ¡Guárdate tu compasión! No quiero la mirada preocupada de un hombre. —Se enjugó las lágrimas de las mejillas y se enfrentó a él—. Podría meterte en problemas, Caradoc, por deshonrarme y por deshonrarte a ti mismo, pero no lo haré. Sé que mi padre pronto mandará a buscarme, he empezado a soñar con ello, pero cuando me marche lo lamentarás. Habrá un vacío en tu vida que no será llenado. No olvidaré. Lo juro por la Altísima de Brigantia, diosa de mi tribu.

Caradoc contempló el rostro desafiante y las manos que se movían nerviosas.

—Nos hemos usado mutuamente —se apresuró a recordarle—. ¿Cómo ocurrió esto, Aricia? ¿Cómo fue que dejamos de ser los que éramos?

—¡Porque hemos crecido y tú has sido demasiado estúpido para notarlo! —gritó—. ¡Tendrías que haberte dado cuenta de que te amo, tendrías que haberlo notado, pero te quedas ahí parado con la boca abierta como un campesino ignorante de Trinobantia! ¡Déjame en paz!

Se arrojó sobre la cama y no se movió. Durante unos segundos, Caradoc la miró con pesar, preguntándose si estaba frente a la verdadera Aricia o a otra de las máscaras que ella solía emplear con tanta facilidad. Pero no podía esperar más, así que recogió su capa, empujó la puerta de pieles y salió de nuevo a la oscuridad y a la lluvia.

Unos pocos pasos lo llevaron a su choza; cuando estuvo dentro, dejó caer la capa todavía mojada al suelo. Fearachar debía de haber venido a avivar el fuego, puesto que este ardía con intensidad y la habitación estaba tibia. Se desvistió enseguida y se envolvió en una manta. Luego se sentó con las piernas estiradas hacia las llamas rojas y la mente confundida, deseando por primera vez en su vida poder volver a vivir la víspera de Samain.

Esa noche había tocado algo más que el cuerpo de Aricia. En cierta forma, había dejado un nervio en carne viva, una parte de ella que yacía expuesta, aún no cubierta por el barniz gracioso, antojadizo y con frecuencia duro que solía mostrar a los demás. Y no le gustaba lo que había visto. No la había creído capaz de llorar ni de rogar, y se preguntó si estaría acostada en la oscuridad, sorprendida de sí misma. «¡Pero casarse!». Tenía los pies demasiado calientes y se enderezó, los arrastró debajo de la silla y se estiró para tomar el vino ya dispuesto para él. Ni siquiera tenía ganas de considerar la posibilidad de casarse con ella. Aricia no era la clase de mujer apropiada para dar a luz a los hijos de un jefe catuvelauno, y su rechazo inmediato había provenido de muy adentro, de una parte que él tampoco sabía que existía. Admitía que ella lo cautivaba. Se conocían demasiado bien. Al menos eso había pensado. Recordó el día en que Aricia había llegado a Camulodunon, con los ojos agrandados por el temor y esa altivez infantil y patética. Incluso en ese entonces, aunque él no era más que un niño, había simpatizado con ella. Durante diez años habían cazado, compartido banquetes y luchado todos juntos, aterrizado a los campesinos, enfurecido a los hombres libres, mentido y engañado el uno por el otro y, de pronto, de la noche a la mañana, todo había acabado.

Siempre se había dado por sentado que se casaría con Eurgain. Ella era una noble, hija del hombre más importante de la tribu de su padre, y aun antes de que ella, él y los demás formaran la Banda Guerrera de Cunobelin, habían sentido un gran afecto mutuo. Eurgain era alta, también, pero más esbelta que Aricia, una niña frágil, callada, no hermosa, pero con un aura de paz y seguridad que había comenzado a seducir a más de uno. Poseía el cabello color miel intenso, los ojos azules típicos de lo mejor de su gente y parecía adivinar sus pensamientos antes de que él los expresara.

Eurgain.

Una visión de Aricia surgió de inmediato en su mente: desnuda, los ojos negros, desvergonzada, el cabello hasta las caderas y más allá. Se retorció en la silla. Si ella lo amaba como decía, ¡qué bien lo había ocultado!

¿Entonces odiaba a Eurgain? Tampoco lo había demostrado. ¿O acaso estaba adoptando una última y desesperada actitud ante la perspectiva del largo y solitario viaje de regreso a su lugar de nacimiento? ¿Cómo era posible que hubiera vivido junto a ella día tras día y no la conociera en absoluto? Se llevó una mano a los ojos, abrumado por el deseo de dar esos pocos pasos de vuelta a la habitación de Aricia, de entrar, de decir... ¿qué? «¿Te deseo, me carcome el deseo por ti,

pero no te amo? ¡Qué soy, cuánto valdría mi honor si mi padre y mis amigos me vieran ahora!».

Abandonó el fuego y se acostó en la cama con los ojos cerrados, todavía avergonzado de sí mismo, todavía preguntándose qué habría pasado si se hubiera comportado como debía hacerlo un hombre libre. Si hubiera dejado la habitación antes de que ella enroscara sus brazos suaves alrededor de su cuello. Pero eran semanas, meses, demasiado tarde, y su voluntad ya estaba debilitada. Tenía una vaga conciencia de que había parado de llover, aunque el viento continuaba murmurando a ratos más allá de las delgadas paredes. Se durmió, pero, incluso en sus sueños, ella lo atrapaba como a un jabalí en celo y acosado.

A la mañana siguiente, durmió hasta tarde. Despertó con pereza al oír a su sirviente silbar mientras revolvía las cenizas del fuego extinguido y comenzaba a encender otro. Un haz de luz solar pálida se colaba por debajo de la puerta de pieles y acarreaba consigo un aire frío y tonificante que terminó de despejar a Caradoc. Mientras se sentaba, Fearachar le miró.

—Buenos días, señor. Me complace ver que os habéis conservado y que los demonios tuvieron a bien no perturbar vuestro sueño.

—Buenos días, Fearachar —respondió Caradoc de manera automática—. Tengo hambre. —Se sentía lúcido; se levantó, se puso los calzones y una túnica limpia, luego se ciñó la espada; pero, de pronto, el recuerdo de la noche lo acometió. La torques no estaba sobre la mesa junto a la cama. Con un estremecimiento, se dio cuenta de que la había olvidado en el suelo de la choza de Aricia. Fearachar alzó los ojos y vio la consternación en el rostro de su amo, pero luego se enderezó, se quitó el polvo de las manos y extrajo algo de entre los pliegues de su corta capa roja.

—La señora Aricia me pidió que os diera esto y que os dijera que, aunque es el símbolo de un hombre libre, para ella a veces no es más que el yugo de la esclavitud. —Caradoc le arrebató la torques y se laató al cuello—. La señora también dijo que ha llevado a César a la perrera. Fue una tontería de vuestra parte, señor, tomar prestados a los perros. Vuestro padre se enfadará.

—Tal vez. ¿Pero a ti qué te importa? —replicó Caradoc con rudeza. ¡El yugo de la esclavitud! ¡Qué descaró!

—Soy un hombre libre —declaró el criado, dolido—. Puede que haya perdido mi precio de honor, pero no mi honor. Puedo expresar mi opinión.

—Fearachar, cuando tengas una opinión, desde luego que podrás expresarla, pero, por favor, primero ten una.

Caradoc se puso su capa rayada roja y amarilla sobre los hombros y la ajustó con un broche de plata. Luego se colocó varios brazaletes de bronce en los brazos y deslizó los pies dentro de unas sandalias de cuero. Se peinó, tiró el peine al suelo y con grandes pasos salió al encuentro de la mañana.

Hizo una pausa al salir de su casa para aspirar el aire limpio. La tormenta había proseguido su camino para ir a inquietar al norte, y el valle se extendía frente a él, más allá del heterogéneo grupo de chozas apiñadas donde el humo ascendía en espiral de los techos; los niños correteaban bajo el débil y pálido sol invernal. Desde su posición, pensó que podía distinguir una niebla que era el río, y más allá, en el horizonte, la mancha oscura del bosque, con sus agujas echando vapor. El cielo era de un azul desteñido, vestido con jirones de nubes blancas. Más nubes, grises, pendían en el norte. El buen tiempo duraría hasta el atardecer.

Descendió con pasos largos el sinuoso sendero, llamando a Cinnamo y a Caelte. No los esperó, pero los tres llegaron juntos a la entrada del Gran Salón. Entraron y saludaron al pasar a los jefes que holgazaneaban mientras esperaban a Cunobelin.

Un aroma a caldo caliente y grasa de cerdo los recibió cuando penetraron en la oscuridad. Se dirigieron de inmediato al gran caldero negro que colgaba de unas cadenas de hierro sobre el fuego grande, en el centro de la sala. Se sirvieron el caldo humeante en cuencos de madera y aceptaron cerdo frío y pan del esclavo que se hallaba sentado detrás de las pilas de fuentes que contenían los alimentos. Luego encontraron un rincón, se sentaron y bebieron el caldo con total concentración y los ojos todavía desacostumbrados a la penumbra.

El Gran Salón había sido construido cinco años antes del nacimiento de Caradoc, cuando su padre venció a los trinobantes y se apropió de su territorio tribal, estableciendo su nueva capital y casa de moneda allí, en Camulodunon. El abuelo de Caradoc, Tasciovano, también había conquistado el territorio, pero no lo había retenido por mucho tiempo, y se había replegado discretamente a Verulamio cuando César Augusto llegó presuroso a la Galia. Pero Cunobelin había esperado su oportunidad y aguardado para atacar una vez más a los trinobantes cuando Roma se lamentaba, desmoralizada, por la pérdida de tres legiones en Germania. Roma había encogido sus hombros imperiales y Cunobelin se había instalado para gobernar una de las agrupaciones de tribus más grandes de la nación. Se de-

nominaba a sí mismo «rey», y, aunque era viejo, sus ambiciones aún lo consumían. Caradoc recordaba bien cuando tenía diez años y su padre y su tío habían partido a la guerra.

Y su tío, Eppatico, había llegado a gobernar a los atrebates del norte, y a Verica, el verdadero jefe, no le quedaba más que una franja a lo largo de la costa. Verica había protestado a Roma en numerosas ocasiones, pero Roma tenía mejores cosas que hacer que enviar a buenos hombres a morir en Albión por un jefe insignificante. Además, Cunobelin controlaba el comercio del sur con Roma. Mantenía la ciudad provista de perros, cueros, esclavos, ganado, cereales y, de vez en cuando, metales en bruto (oro y plata) de los territorios de las tribus que comerciaban respetuosamente con él. A cambio, Roma enviaba vino, vajillas y copas de plata, muebles chapados en bronce, objetos de cerámica, marfil y, sobre todo, joyas para los jefes, sus caballos y sus mujeres. El río estaba siempre ajetreado. Los barcos iban y venían, los comerciantes pululaban por todo el territorio catuvelauno, y las noticias llegaban y partían. Cunobelin observaba todo eso en silencio, sin pestañear, como una araña vieja y ladina tejiendo su red de engaño y teniendo éxito en Roma en una mano y sus oscuras políticas expansionistas en la otra.

Se movía en un sendero estrecho y peligroso, y lo sabía. Hacer la guerra era invitar a la intervención romana, puesto que Roma no permitiría que nada interfiriera en su preciado comercio. Pero confiar demasiado en la buena voluntad de Tiberio sería algo tan estúpido como encomendar su vida a las arenas movedizas del estuario pantanoso de su río. Además, gran parte de su poder dependía de mantener felices a los jefes. Los dejaba atacar de vez en cuando para darles algo que hacer y, aunque se habían elevado protestas constantes y formales del César, era un tributo a la habilidad política de Cunobelin el que ninguna otra objeción concreta se materializara. Estaba satisfecho, por el momento, con tener la tierra que poseía, pero su mirada se desviaba siempre... al nordeste, a las tierras ricas de los icenos, y al oeste, a las colinas de los dobunnos. A los durotriges del sudoeste los dejaba en paz. Era un pueblo guerrero y feroz, del todo intratable. Solo podía conquistarlos con un asalto a gran escala, lo que provocaría un daño irreparable a sus conexiones comerciales. Vivían apartados y seguían las costumbres de sus más antiguos antepasados; Cunobelin sabía que tendría que esperar un momento más favorable para guiar a su banda guerrera contra ellos.

Dubnovellauno, jefe de los trinobantes, alimentaba su orgullo herido en Roma y su gente cultivaba la tierra para los catuvelaunos. Cunobelin había construido el Gran Salón en la primera exaltación de

su nueva conquista. Era de madera, espacioso y bien ventilado, con un alto techo abovedado y columnas de madera talladas tortuosamente por los artesanos nativos de Trinobantia, que reproducían hojas sinuosas y ondulantes, zarcillos de plantas que se envolvían de manera ensoñadora uno alrededor del otro, y rostros semiocultos de hombres y bestias que escudriñaban el exterior, soñolientos y misteriosos. A Cunobelin y a su familia no les gustaba particularmente el arte nativo. Preferían los rostros honrados y francos, y los diseños de los alfareros y orfebres romanos, dado que a veces, en una solitaria noche de invierno, las obras complejas y calladas de los artistas nativos parecían cobrar vida y moverse con suavidad, hablando de un tiempo en que los catuvelaunos habían sido una mera advertencia sombría y cargada de presagios traída por las brisas nocturnas.

El techo tenía una abertura para que el humo del fuego pudiera escapar, y en todas las paredes colgaban escudos y espadas de hierro, jabalinas y lanzas. Del pilar central pendía la cabeza arrugada y marchita de uno de los enemigos caídos de Tasciovano, sujeta por un cuchillo enredado en los cabellos. Nadie recordaba quién era, pero se llevaba a cada batalla y se colgaba en la tienda de Cunobelin siempre que el rey se encontraba fuera de Camulodunon. Caradoc y los demás habían dejado de reparar en ella hacía años, y en ese momento se mecía sobre el grupo: los ojos hundidos observaban las idas y venidas, y los rizos grises se agitaban con la corriente constante de aire.

—Hoy, nada de caza —dijo Caradoc a sus amigos—. Supongo que querréis ir a ver la matanza.

Cinnamo se limpió la boca con la manga y bajó su tazón.

—Será mejor que vigile —comentó—. Mis hombres libres me han dicho que falta parte de mi ganado, y tengo el presentimiento de que hoy Togodumno se estará frotando las manos. Si ha tocado mi ganado de cría, será mejor que busque sus armas.

Caelte apoyó la espalda contra la pared.

—Tenemos invitados —susurró—, y aquí llega Cunobelin.

El Salón estaba casi vacío debido a que la mañana avanzaba y ya había comenzado la matanza de otoño en la tierra llana junto al río. Caradoc volvió la cabeza para observar a su padre entrar con grandes pasos en la oscuridad, rodeado de sus jefes. Lo acompañaba un hombre bajo y gordo cuyo cabello trenzado colgaba sobre la capa que cubría sus hombros, y una niña.

Se dirigieron de inmediato al caldero, y el mismo Cunobelin les sirvió caldo y pan y buscó con la mirada un lugar donde sentarse. Los jefes se sirvieron con alboroto mientras se peleaban por los trozos de carne que tan apetitosamente flotaban en la sopa marrón. Cu-

nobelin guio a sus huéspedes hacia los tres jóvenes. Estos se pusieron de pie al verlo aproximarse y Caradoc intentó adivinar el estado de ánimo de su padre. Se preguntó si ya sabría lo que le había pasado a Bruto.

—Ah, Caradoc —bramó Cunobelin—. Este es Subidasto, señor y jefe de los icenos, y esta su hija, Boudica.

Caradoc asintió al hombre y dirigió una breve sonrisa a la niña. Luego presentó a Cinnamo y a Caelte.

—Señor, este es Cinnamo, mi escudero y auriga. Y este es Caelte, mi bardo. Bienvenido a nuestro Salón.

Se apretaron las muñecas y luego se sentaron. Caelte empezó a hablar enseguida con la pequeña Boudica. Cinnamo se disculpó y salió. Caradoc se volvió hacia Subidasto, percibiendo la mirada calculadora de su padre.

—Habéis venido de lejos, señor —dijo—. Espero que vuestra estancia entre nosotros os depare descanso y paz. —Eran las palabras de bienvenida formal, pero Subidasto rio con aspereza. «Qué grosero —pensó Caradoc—. Solo trato de repetir las palabras de bienvenida que mi padre debe de haber pronunciado».

—Eso dependerá de vuestro padre y de nuestras conversaciones —contestó—. Tenemos mucho que discutir.

Caradoc lo estudió con atención. Se había equivocado con respecto a la gordura. Subidasto era enorme, sí, pero su gordura no era excesiva ni flácida. Sus brazos eran musculosos; su boca, firme y obstinada, y poseía los ojos celestes penetrantes de un hombre que pasa todo su tiempo al aire libre escudriñando distancias lejanas.

«¿Hay algún problema aquí? —se preguntó Caradoc—. ¿Es por eso que Subidasto ha reclamado la inmunidad del Samain? ¿Qué está tramando mi padre esta vez?». Miró con rapidez a Cunobelin, pero solo vio alegría en sus ojos hundidos y en su rostro arrugado.

—¡Paz, señor! —exclamó Cunobelin—. Primero debe haber buena bebida y buena comida esta noche y mucha música. Y, por supuesto, los ritos de Samain. Más tarde hablaremos. —Se puso de pie—. Pero si ya habéis comido esta mañana, permitidme mostraros Camulodunon.

La boca de Subidasto se tensó con desaprobación, pero también se incorporó y asintió de mala gana. De repente, Caradoc advirtió los ojos redondos de Boudica clavados en su rostro, y se sintió incómodo.

—Padre —intervino—. ¿Me disculpas? Hoy debo atender a mi rebaño.

Cunobelin le dio permiso para retirarse, pero murmuró:

—También está el asunto de mis perros, Caradoc. Bruto tiene una oreja partida y ahora no lo podré vender. ¿Cómo sucedió eso, me pregunto, si los guardias de la perrera tenían órdenes de no perder de vista a los perros? Tendrá que haber un arreglo.

—Estás enterado de todo, padre —respondió Caradoc con una sonrisa—. ¿Has hablado con Tog?

Cunobelin le devolvió la sonrisa.

—Sí, y con Aricia. Los tres me debéis dos terneras. De cría.

—¡Pero, padre! —protestó—. Acepta una res muerta. No puedo darte una ternera viva.

—Si quieres, pelearé por ella —aventuró Cunobelin con indiferencia.

—No, padre, no —gritó riendo—. No deseo más cicatrices, pero una reproductora menos será una pérdida dolorosa.

—Entonces toma a Cinnamo y a Fearachar y sal a hacer incursiones —sugirió Cunobelin—. ¿Cómo supones que me hice rico, Caradoc?

Caradoc lo saludó con pesar y giró sobre sus talones, pero sintió una mano pequeña deslizarse en la de él y retenerlo. Bajó la mirada y vio los ojos castaños todavía fijos en él con solemnidad.

—¿Puedo ir contigo? —susurró la niña.

A Caradoc se le cayó el alma a los pies, pero antes de que pudiera negarse, Cunobelin dijo:

—Llévala a la matanza, Caradoc, y entreténla un rato. ¿Tenéis algún reparo, Subidasto?

Subidasto vaciló. Era evidente que se desgarraba entre el deseo, por una parte, de comportarse de la forma más irreverente posible y, por la otra, de no ofender a aquella gente mucho más poderosa. Por fin sacudió la cabeza, de modo que Caradoc dejó el Salón con Boudica tras él.

Salieron al sol y tomaron el sendero que bajaba directamente a las puertas. Estaban abiertas de par en par y, más allá, Fearachar aguardaba sentado en el suelo con expresión avinagrada y sosteniendo con flojedad en las manos las riendas del caballo.

—Os he estado esperando largo rato, señor —dijo con tono de desaprobación, y le entregó el caballo—. Tengo hambre y frío.

—Entonces ve a calentarte y a comer algo..., aunque no creo que te hayamos dejado mucho —replicó Caradoc—. ¿Sabes montar, Boudica?

El mentón se levantó.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Pero no... no caballos como este, solo ponis. En nuestra tierra no hay muchos caballos tan grandes como este —concluyó, sonrojada.

Caradoc la alzó y la depositó sobre el lomo del animal. Luego saltó detrás de ella y cogió las riendas.

—¿Quieres que vayamos rápido?

La niña asintió con entusiasmo y enredó los dedos en las crines. Caradoc espoléó al caballo y bajaron la suave pendiente hacia las praderas.

Una hora después llegaron al llano junto al río, y antes de que rodearan el recodo que revelaría el agua, los pantanos y los sauces altos y desnudos, olieron la matanza, el nauseabundo olor dulce y húmedo de sangre recién derramada, oyeron el mugido agudo y aterrado de miles de reses a punto de morir. Al rodear el recodo a medio galope, pudieron observar que todo el suelo desde el bosque hasta el agua se convertía en una tupida masa de personas que se empujaban y codeaban, y de bestias apretujadas. El alboroto era tremendo. En la ladera, Caradoc divisó a Togodumno y, conmocionado de vergüenza y agitación por el recuerdo de la noche anterior, reconoció a Aricia junto a él. Estaban sentados sobre las capas en la hierba y el vapor de sus alientos se mezclaba cuando hablaban. Caradoc detuvo en aquel mismo lugar el caballo y desmontó. Boudica se deslizó del lomo y permaneció de pie a su lado. En ese instante, Adminio se acercaba subiendo la cuesta.

—¿Dónde has estado, Caradoc? ¡Mi gente te ha buscado por todas partes! —Se detuvo jadeando y con el hermoso rostro acalorado—. Hay problemas allí abajo. Los hombres libres se están peleando. Sholto dice que tú le ofreciste un toro y una ternera de tu ganado de cría, pero Alan lo niega y afirma que no ofreciste nada más que un toro para alimentar a su familia. Además, Cinnamo está abajo entre su ganado, gritando y maldiciendo porque parece que le faltan doce animales.

Aricia se rio. Tog asintió con solemnidad burlona y Caradoc se puso a lanzar maldiciones.

—Bueno, Adminio, ¿por qué acudes a mí? Eres quien sigue en línea a nuestro padre. Ve y soluciónalo.

—¡Es que a mí también me faltan reses! —rugió—. ¡Tog, estoy harto de entrar furtivamente en tus cercados en plena noche para robar mi propio ganado! ¿Dónde está tu sentido del honor? Justo tú, el que tiene el precio de honor más alto de todos nosotros. ¡Me quejaré a nuestro padre!

—Oh, siéntate, Adminio —dijo Togodumno con pereza—. ¿Cómo no va a haber problemas cuando los hombres libres corren para llegar los primeros con sus reses a la matanza? No es de extrañar que los comerciantes den un paso atrás y se rían de nosotros. Si Cinnamo pasara

más tiempo atendiendo a sus animales en vez de cruzar espadas contigo, Caradoc, sabría que este verano murieron algunos de sus animales por enfermedad. Y en cuanto a ti, Adminio, creo que te interpondré un pleito por intentar robar mis reses. Acabas de admitirlo.

El sofoco subió al rostro de Adminio, que se dirigió a su hermano. Se abalanzó sobre él y pronto rodaron ambos por el suelo, peleando y pateando.

Aricia suspiró.

—Será mejor que vayas a ver qué ha pasado, Caradoc.

Cuando él la miró, notó una tirantez en el vientre, pero ella hablaba con tranquilidad y sus ojos no le decían nada. Era como si la noche nunca hubiera existido. Bueno, tal vez no había existido. Quizá no era César el demonio, o Aricia, sino él mismo que había pasado toda la noche de Samain en un acceso de delirio. Aricia apartó la vista y suspiró lanzando una bocanada de aliento vaporoso. La desesperanza que transparentaba su actitud corporal reveló a Caradoc que no había sido un sueño lo de la noche anterior. Estaba demasiado callada, demasiado tranquila.

—Deja a la pequeña aquí conmigo —añadió—. ¿Quién es, de todos modos?

—Boudica, hija de Subidasto, jefe de los icenos —explicó él con cautela. Tensó la capa a su alrededor. Un grito airado provino de los luchadores y Caradoc reprimió, irritado, su deseo de patearlos a los dos en el trasero.

—Ven, siéntate aquí a mi lado —la invitó Aricia—. ¿Qué piensas de los catuvelaunos?

—Tienen buenos caballos y mucho ganado —respondió Boudica con presteza—. Pero mi padre dice que sufren una enfermedad.

Caradoc se volvió sorprendido.

—¿De veras? —dijo—. ¿Y qué enfermedad es esa?

—Se llama «la enfermedad romana» —replicó ella, y le clavó sus límpidos ojos castaños—. ¿Qué es, lo sabes? ¿Me contagiaré? No quiero enfermar.

Aricia y Caradoc se miraron durante un instante, asombrados, y entonces Aricia rompió a reír.

—No creo, pequeña Boudica —contestó jadeando—, que ni tu padre ni tú estéis en peligro de ser abatidos por ese terrible mal. Parece que lo contraen únicamente los catuvelaunos.

—Ah. Entonces no quiero quedarme sentada aquí. Volveré a montar el caballo de Caradoc.

«La niña es rápida —pensó Caradoc—. Sabe que nos estamos burlando de su padre». Se despidió de Aricia inclinando la cabeza y

se alejó, divertido y a la vez enfadado por la temeridad del viejo Subidasto. ¡«Enfermedad romana»! Qué poco conocía a Cunobelin para imaginar que los catuvelaunos eran meros títeres en las garras de hierro de Roma. «Ante todo, somos hombres libres, dueños de nosotros mismos. En eso radica nuestro orgullo».

Se lanzó dentro de la aglomeración de personas alteradas y vociferantes que se abrió para dejarlo entrar, mascullando a su paso. Eran en su mayoría campesinos, pequeños y de cabello oscuro, pero también había muchos hombres libres y exjefes trinobantes nativos de cuyos linajes había provenido su madre. Aquí y allá, uno u otro jefe catuvelauno inclinaba la cabeza ante él, y cuando logró llegar a la orilla del río tenía cuatro nobles guardándole la espalda.

El hedor allí era abrumador. La sangre formaba charcos en la hierba y fluía en arroyos hacia el agua. Grandes pilas de animales muertos aguardaban a los curtidores para ser desollados, y a los carniceros para ser transportados y desmembrados. Las moscas oscurecían el aire a pesar de que las primeras heladas habían llegado y se habían ido. Alan estaba de pie junto a Cinnamo, con las mangas de la túnica remangadas y los brazos cubiertos de sangre hasta los codos. Sholto los increpaba a ambos; sacudía los puños y pateaba el suelo mientras la multitud observaba, esperando los golpes que pronto comenzarían. Caradoc se adelantó.

—Buenos días, Alan. Y buenos días a ti, Sholto. ¿Debo arrastrarte y arrojarte al río? ¿Por qué discutes con uno de mis hombres libres? Sholto lo miró con furia.

—Yo también soy uno de vuestros hombres libres, señor, ¿o habéis olvidado nuestro convenio? ¡Os juré lealtad a cambio de un toro y una ternera reproductores, pero Alan me llama mentiroso!

Caradoc lo observó durante un instante con expresión escrutadora y enseguida desvió los ojos. No le gustaba Sholto, y ya lamentaba haberse ofrecido a aceptarlo como uno de sus jefes, pero el precio de honor era un asunto espinoso entre Tog y él, y Sholto poseía un clan numeroso y mucho ganado. Era un miserable y un mentiroso, pero sabía pelear, y también sus hombres y sus mujeres.

—No te llamo mentiroso, Sholto, pero afirmo que no oyes muy bien. Alan tiene razón. Te prometí solo un toro para tu provisión de invierno y una copa de plata para tu esposa. Pero, si lo prefieres, puedes tomar una ternera de cría. No me importa. O tal vez desees considerar el ofrecimiento de Togodumno, pero date prisa. Mi ganado espera para ser sacrificado.

Alan sonrió y cruzó sus brazos enrojecidos. Sholto se mordisqueaba el labio y pensaba rápidamente. Togodumno era joven, pero

tenía muchos hombres en su séquito. Demasiados. Y reñían todo el tiempo. Sin embargo, Caradoc sabía mantener el orden entre sus hombres con una sola palabra o una broma. Sabía manejar a la gente y, además, era honrado en sus tratos. Un señor así no podía ser manipulado ni empobrecerse de la noche a la mañana.

Sholto habló con mal humor.

—Tomaré la ternera reproductora, señor.

—Una acertada decisión. Bueno, Alan, sigue con lo tuyo. Cinnamo, ¿por qué echas espuma por la boca?

—¡Vuestro hermano ha ido demasiado lejos esta vez! —Cinnamo se acercó y habló en voz baja, pero con tono enérgico—. Doce de mis reses más gordas están entre su ganado. Sé cuáles son. El líder de mis hombres libres las conoce. Interpondré un pleito ante vuestro padre esta noche, Caradoc, y seré recompensado por la ligereza que Togodumno parece tener en sus dedos.

—¿Cómo puedes probar tu pérdida?

—¡Toda mi gente prestará juramento por mí!

—Lo mismo hará la de Tog por él. Tiene que haber algo más.

—Lo hay. —Cinnamo sonrió con severidad—. Todas mis reses fueron marcadas esta primavera con un corte en la oreja. ¡Ya veremos cómo se las arregla Togodumno para salir de esta!

En aquellos instantes, la multitud se estaba dispersando, desilusionada porque no había habido lucha. Los curtidores y carniceros ya se movían entre las pilas de bestias muertas con sus cuchillos y ganchos. Caradoc se volvió hacia la ladera del bosque, pero Aricia, Tog y Adminio se habían ido. Y también Boudica con su caballo.

—Cin, ¿por qué no vas a ver a Tog y le dices lo que me has dicho a mí? Luego exige que te dé doce reses de su ganado además de devolverte las tuyas. Eso le dolerá mucho más que la justicia de mi padre. No me gustaría ver que tú y él derramáis sangre por unas pocas vacas.

—¡Unas pocas vacas! —Cinnamo maldijo y escupió al suelo—. Eso está bien para vos, señor, que tenéis un vasto rebaño, pero yo debo contar cada animal al menos dos veces. Una gota de sangre de Togodumno contribuiría mucho a aliviar mi corazón, y el de muchos otros también. Hasta sus propios jefes observan con recelo sus métodos ladronesco.

Caradoc sabía que era cierto. Tog tenía dieciséis años y poseía un gran encanto, un don que lo sacaba de uno y otro apuro, y hacía que sus jefes se arremolinaran a su alrededor como perros serviles; pero estaba peligrosamente cerca de hacer perder la paciencia a su padre y de malbaratar la admiración que le profesaba su familia. A Cinnamo

no le costaría demasiado acabar con él, Caradoc lo sabía. Ese joven que se hallaba de pie frente a él con el entrecejo fruncido por la ira había sido entrenado desde su nacimiento para ser un guerrero, un luchador frío con reflejos veloces como un rayo, capaz de matar sin piedad. Por eso Caradoc lo había escogido como escudero y auriga; también porque era generoso y de risa fácil; él y Caradoc se apreciaban.

—Haz lo que consideres mejor, Cin —declaró por fin—. Es una enemistad entre tú y Tog. Pero piensa en las consecuencias para tu familia si Tog decidiera convertirlo en una enemistad sangrienta.

—Jamás lo haría. Si vos le hablarais, señor, me complacería. Decidle que quiero mis reses, y las otras también, y decidle además... —Hizo una pausa; sus ojos verdes sonreían en los de Caradoc con una pizca de humor—. Decidle, además, que si vuelve a entrar en mi cercado ordenaré a mis hombres libres que lo maten.

Inclinó la cabeza y se marchó. Su figura alta se alejó con paso relajado junto al río; el sol resplandecía en su cabello dorado, y Caradoc se volvió y desanduvo el sendero con lentitud hacia las puertas.

A mitad del camino, se encontró con Togodumno. Andaba con una mano apoyada en el costado de su caballo, mientras con la otra rodeaba la pequeña figura instalada a lomos del animal como un gorrión diminuto en un árbol grande. Boudica lo saludó y luego bajó del caballo. Sus ojos centelleaban por el triunfo.

—¡Lo he conducido yo sola! ¡En serio! ¡Hasta lo he hecho trotar!

Acarició el cuello suave del animal y aspiró su olor tibio. El cabello rojo que se había soltado de las trenzas flotaba en una gran aureola alrededor de su rostro. Caradoc contempló los dedos romos moverse sobre el pelo oscuro mientras el caballo permanecía quieto, paciente y con el hocico temblando.

—Qué bien —respondió Caradoc con aire ausente, y prosiguieron la marcha con lentitud—. Escucha, Tog. Acabo de hablar con Cinnamo. Está muy enfadado contigo por lo de las reses.

Togodumno suspiró con exageración.

—¿Qué reses? Yo no he robado ninguna res. Se deben de haber perdido.

Caradoc se detuvo en el sendero y cogió a su hermano por los hombros.

—Eres tonto, Tog. Cinnamo es inteligente y peligroso. Piensa. Conoce tus hábitos.

Togodumno se encogió de hombros.

—¿Sabes qué ha hecho? —inquirió Caradoc. Boudica miraba y escuchaba con interés. Tog meneó la cabeza y sonrió—. Marcó su ganado esta primavera. Todo.

Togodumno silbó.

—Entonces estoy metido en problemas. Supongo que quiere que se lo devuelva.

—Quiere tu sangre, pero aceptará que le devuelvas sus animales, además de doce de los tuyos y la promesa de dejar en paz sus bienes. De lo contrario, te matará.

Retomaron la marcha en silencio, pero cuando ya estaban cerca de las puertas, Togodumno se detuvo.

—Lo haré —dijo—. Cinnamo me cae bien.

—¿Entonces por qué le robas, a él y a todos los demás?

—¡A ti no te robo!

—Un jefe no roba a ningún miembro de su tribu —replicó Caradoc con tono mordaz—. Aunque se esté muriendo de hambre.

Togodumno rio.

—Entonces es tonto.